

Soberanía, guerra y muertos vivientes
Glosas a “Necropolítica” (Melusina, 2011)
de Achille Mbembe
Por Oscar Escudero*

1. “Necropolítica” recoge dos ensayos precozmente clásicos de Achille Mbembe (Camerún, 1957). Uno presta título al libro, y el otro, “Sobre el gobierno privado indirecto”, apareció en forma de artículo como anticipo del segundo capítulo homónimo de su obra capital, “On the postcolony” (1). Sendos textos suponen una fructífera aproximación al pensamiento de este brillante filósofo e historiador del postcolonialismo, del que hemos de lamentar la escasez de sus trabajos disponibles en español, por lo que, de entrada, vaya una sincera congratulación para Editorial Melusina y, de paso, otra para la traductora, por haber trasladado al castellano la complejidad discursiva de Mbembe con fidelidad ejemplar. De inicio, debemos advertir que Mbembe es un teórico y que por tanto, sólo ocasionalmente recurre a ejemplos para adobar su análisis. Por este motivo, nos proponemos aquí amenizar algunas ideas y completar otras con nombres y apellidos, eso sí, espigando única y exclusivamente en la ya copiosa bibliografía del propio Mbembe (2), con el fin de no desvirtuar la sustancia de este libro.

“Necropolítica” es una especie de visita guiada por el museo de los horrores que propicia todo Estado fallido, donde Mbembe ejerce como maestro de ceremonias con una sutileza, profundidad y precisión extraordinarias. “Sobre el gobierno privado indirecto” abunda en una faceta consustancial a tales Estados que en “Necropolítica” explora tangencialmente, de modo que entre ambos ensayos se establece una relación de íntima complementariedad que, a fin de cuentas, confiere al conjunto un sólida unidad. Para desarrollar sus tesis, de base filosófica y textura sociológica, Mbembe bebe

de Heidegger, Bataille, Canetti, Foucault, Bauman, Weber y otros, autores europeos en su mayoría, de los que exprime su néctar sin que ello tiña su discurso de un barniz eurófono. Antes al contrario: si bien la obra de Mbembe está focalizada en la postcolonia, también puede leerse, en clave inversa, no como un informe de la gestación y actuación del “Estado informal”, sino como una prueba testimonial de la ignominia occidental que lo ha patentado.

2. El significado de soberanía no puede ser idéntico allí donde prevalecen democracias consolidadas que dispensan paz social, que allá donde bulle una propensión a decretar el estado de sitio o de emergencia. En tales Estados, el término soberanía se ha despojado de todas sus atribuciones originarias para enfundarse el uniforme gris de administrador de la vida y de la muerte o, dicho de modo más cinematográfico, el Estado se ha agenciado una licencia para matar y hace un uso indiscriminado de ella. Así es como lo comprendió Foucault cuando acuñó la voz de biopoder, a quien Mbembe debe el grueso de su inspiración en este ensayo. Sin embargo, años después de la puesta en circulación de este neologismo, Mbembe repara en la necesidad de adecuar la noción de biopoder a la luz de las nuevas facetas que la muerte perpetrada por el Estado ha adquirido en las postcolonias. Empecemos repasando someramente los hitos imputables al binomio bioplítica/necropolítica.

La Necropolítica hunde sus raíces en la esclavitud, la cual no se reduciría tan sólo a un poder alienante coercitivo, en palabras de Mudimbe (3), sino que devendría el primer laboratorio donde el esclavo, concebido como un usufructo del amo, es despojado de nombre propio, hogar, derecho sobre su cuerpo, estatus político y libertad de expresión, naturalmente. El esclavo está sometido a permanente vigilancia por parte del capataz, quien aplicará medidas de terror a las primeras de cambio, casi siempre con pasmosa arbitrariedad. De modo que la vida del esclavo, cautivo en ese escenario con olor a cieno que es la plantación, se balancea entre la vida y la muerte, o como gusta definir a Mbembe, deambula y respira como muerto-en-la-vida. Esta manera de contemplar al individuo no se limita al esclavo, sino que conserva su vigencia a la hora de definir el estatus de los que han sido víctimas de ataques xenófobos (4). A falta de una “diferencia racial” susceptible de despertar el odio, el mero hecho de ser extranjero, de ser un “alien”, estigmatiza a las inminentes víctimas y justifica en sus verdugos el afán de golpear al “muerto viviente”.

Más tarde, las manifestaciones de la Necropolítica reverdecen en las posesiones de ultramar, donde se ejerce un poder que no sólo viola la ley, como señala Mbembe, sino que atenta contra los cimientos de la misma. Ahora bien, sería erróneo encasillar la Necropolítica en la colonia como si ese fuese su único cobijo o circunscribirla al redil de los “países subdesarrollados”, pues se han sucedido otras manifestaciones de la misma al margen del imperialismo, y que han hecho mella en la matriz de quien precisamente acostumbra a alimentarla allende sus fronteras. En este sentido, han corrido ríos de tinta sobre el terror que anidaba en la revolución francesa y, aun de un modo más incontrovertible, en el Estado nacionalsocialista, el régimen de Stalin, el mandato sangriento de Pol Pot o las purgas de Mao Zedong. Todos estos casos, no obstante, pertenecen al pasado, en tanto que la Necropolítica que ocupa al profesor Mbembe es absolutamente contemporánea.

Esgrimiendo el escalpelo en las colonias, Mbembe establece una fecunda trabazón entre éstas y las fronteras. Sendos espacios, apunta, magnetizan a salvajes errabundos y desahuciados, o al menos eso es lo que resuelve el colono con sus silogismos de pacotilla. Ahí, prosigue, no existe nada parecido a un Estado, ni siquiera un orden de mínimos o un código tácito de convivencia. Dada la ausencia de sujetos reconocibles como interlocutores, la comunicación se reduce al lenguaje universal de la guerra que sí pueden comprender bandidos y maleantes. Sin control ni órganos de justicia operativos, el Estado o aquello que actúa en su nombre (¿gobierno colonial?), administra la violencia con mayor frecuencia e intensidad que cualquier otra organización humana. En consecuencia, leal a su propio prejuicio o constructo mental, el invasor asume que la colonia y la frontera son ingobernables al estar pobladas por salvajes, indígenas incapaces de doblegarse a toda norma civil, los cuales fomentan el caldo de cultivo para que florezca el terror que recaerá sobre sus espaldas. Como el indígena es cosificado y equiparado a su entorno físico, es decir, deviene en una prolongación del medio natural, una mera excrecencia digna de ser podada, aniquilar salvajes no debe suscitar un juicio moral más liviano del que pueda distraer, acaso a modo de lúdica digresión, la mente aventurera del cazador furtivo de elefantes. Eternamente impune, el terror colonial campa a sus anchas por un erial jurídico sin ley que observar, ni siquiera la que trae consigo el ejército imperial y que prevalece en el seno de sus fortines, pero nunca al otro lado de la muralla.

Apuntando al sur, hallamos otra manifestación de la Necropolítica en el apartheid,

donde notoriamente se abre paso el factor raza. Y donde se rescata un rasgo inherente a la plantación. Si en ésta los esclavos están confinados, las víctimas del apartheid se hacían en los “township”, donde precisamente se recrudecen las severas condiciones que dimanaban de la Necropolítica. Esta lectura en clave espacial ya fue explorada por Fanon cuando señaló que la colonización tiende a parcelar el territorio, creando espacios de segregación. Si la colonia y la frontera están poblados por desahuciados, cabe preguntarse qué clase de individuos aun más denigrados pueden habitar estos guetos sino los espíritus más vulnerables de la Necropolítica dictada por el colono. Sin suministro eléctrico, ni agua, ni alimento, sólo insalubridad a mansalva, únicamente resta energía para alimentar una espiral anónima de vida y muerte. No en vano, la soberanía en la colonia sudafricana, y por extensión en todas las colonias, resolvió que toda esta gente no tiene otro derecho a la vida que esa clase de existencia siempre pendiente de la muerte, hasta el punto que la muerte nunca sorprende por mucho que apenas se la invoque; se convive con ella, pero no precisamente de un modo místico o religioso, sino como una amenaza estrictamente física con una elevadísima probabilidad de materializarse.

Trayendo de nuevo la mirada al rabioso presente, nos topamos con la versión más actual del Estado colonial en Palestina. En este caso, fuera del factor racial, descuella una modalidad de soberanía entrelazada con la causa divina, lo que dificulta hasta la imposibilidad una eventual conciliación entre los bandos en liza. Igual que en el apartheid, los palestinos asisten a su propia compartimentación territorial, a la prohibición de acceder a según que zonas y a la inexorable expansión del horizonte colonial. Con ello se obstaculiza o deniega el libre desplazamiento de los colonizados por el territorio, y se consolida la segregación al más puro estilo del enunciado del refrán “divide y vencerás”, sólo que la anhelada victoria comparte demasiados aspectos con la vejación. “Así, los territorios ocupados se dividen en una red compleja de fronteras interiores y de células aisladas”, insiste Mbembe. Al mismo tiempo, esta disposición espacial facilita el control y la seguridad por parte de los colonos. Semejante estrategia provoca la superposición de dos realidades espaciales en el seno del mismo paisaje, una menguante para los palestinos, otra creciente para los israelíes, aderezada con circunvalaciones, vías privadas, controles de carreteras, etc.

Para afianzar su control, la Necropolítica nunca ha escatimado recursos para dotarse de armamento militar, y se ha mostrado siempre receptiva a la sofisticación de la

tecnología bélica, lo que la ha forzado a variar los emplazamientos donde acometer el terror. Antaño los latigazos se propinaban en un cercano cara a cara, pero hoy los gerifaltes de la Necropolítica han conquistado el cielo, que surcan con helicópteros y bombarderos, y que adulteran con satélites y aviones no tripulados, siendo desde las alturas donde lanzan esos ataques selectivos o masivos de los que la prensa suele hacerse eco por su espectacularidad y amarillismo. La tierra, sin embargo, no ha sido arrinconada, y es común el empleo de bulldozers, ideales para completar acciones dispares como el derrumbe de casas, el destrozo de tuberías, el arrasamiento de huertos, jardines y campos de olivos, etc. La aniquilación indirecta empieza por un huerto, se sigue con un ataque selectivo y culmina en la llamada guerra de infraestructuras con el fin de minar un territorio ya de por sí mermado, incapaz de ofrecer resguardo digno a un alma humana. Dicho de otro modo, la población en su conjunto concebida como un solo organismo (no como un superorganismo, sino más bien como un infraorganismo famélico) sobre el que se ha dictado una sentencia inapelable, se convierte en “blanco del soberano”.

De ahí que, en cierta medida, se confundan o superpongan los límites de la invasión colonial contemporánea y la guerra contemporánea (o guerra predatoria, la cual no se desencadena debido al anticolonialismo o al antiimperialismo, sino a intereses más mundanos), pues en ambas es común el pulso desigual entre lo rudimentario (palos, tirachinas, explosivos caseros, etc.) y la tecnología avanzada, o entre quienes poseen armas de verdad y quienes no: es harto conocida la imagen de niños palestinos arrojando piedras a tanques israelíes (5). Como se ha dicho, para la concepción de la guerra contemporánea, el ataque aéreo se hace imprescindible, como ha sucedido en Kosovo, Irak, Afganistán y ahora en Libia. Sin embargo, cuando se dan la mano la tradición y la modernidad de una forma tan desproporcionada, la noción de guerra muda su sentido para convertirse en un mero ataque unilateral, donde un contendiente arrasa y otro se protege sin apenas ofrecer resistencia. Cuando trasladamos la guerra contemporánea a territorio africano, Mbembe indica que cada vez hay menos ejércitos nacionales acantonados en el frente. En cambio, prolifera una retahíla de nuevas organizaciones tales como “milicias urbanas, ejércitos privados, ejércitos de señores locales, firmas de seguridad privadas...”. En cierta manera, se está fraguando un sucedáneo de lo que acontece en EE.UU., con la salvedad de que la contratación de mercenarios y ejércitos privados por multinacionales de logística de la guerra se efectúa

de un modo más planificado en tanto goza del respaldo de un marco legal.

La diferencia es que unos ejércitos privados conservan el cordón umbilical conectado a los centros de poder, lo que es fundamental para la estabilidad y el orden, y otros no se deben más que a sí mismos y a sus intereses particulares. Ello les convierte en enemigos de casi todo el mundo, erigiéndose así en máquinas de guerra. Éstas son agrupaciones difícilmente conceptualizables debido a su naturaleza cambiante de apariencia y también de número de combatientes, a sus conexiones internacionales y nacionales, y a su dualismo lucrativo y político: a menudo, las máquinas de guerra respiran bajo la piel de milicias o movimientos rebeldes, a menudo se ocultan bajo las siglas de una dudosa plataforma política. En cualquier caso, cuando Mbembe desgrana las circunstancias que propician la afloración de las máquinas de guerra, concluye que la respuesta está relacionada con las constantes devaluaciones de la moneda, la asfixia de la economía, la hiperinflación, la fuga de capital; en “Sobre el gobierno privado indirecto” Mbembe comenta que una de las direcciones posibles que toma la historia africana es nada más y nada menos que “la salida del Estado”, sede preferida del gobierno privado indirecto (el cual arroparía obviamente las máquinas de guerra). “No hay que olvidar que las políticas que han conducido al desmantelamiento progresivo de la potencia pública se apoyan en la idea de que el estado, en tanto estructura productiva, ha fracasado en África”. Ello ha sucedido en paralelo a un efecto “adelgazamiento” similar al de las economías neoliberales, en las que se han transferido a manos privadas servicios públicos, empresas estatales, etc.

Así se ha fraguado un Estado desinstitucionalizado donde no existe ni funciona nada parecido a una jerarquía, un Estado que pierde su capacidad para sancionar, gestionar recursos y arbitrar conflictos, donde las órdenes emitidas, por tanto, no se cumplen, en cierta manera porque cambian vertiginosamente los emisarios y los representantes de la cosa pública. Un Estado, en suma, que no recauda ni tampoco paga a sus empleados. Sólo que, a veces, estos empleados son miembros del ejército, los cuales protagonizan desórdenes públicos o golpes de Estado, como en Costa de Marfil, Nigeria o la República Centroafricana. Mbembe señala la paradoja de que “algunas instancias inferiores de autoridad respecto a la ley y las reglas disponen de poderes e influencias más amplios que las instancias superiores”. Si a ello sumamos que los cargos funcionariales con frecuencia desempeñan funciones paralelas, nos encontramos ante “situaciones semiconstitucionales de desdoblamiento del poder”. En estos Estados

postcoloniales el policía y el militar viven a costa del ciudadano, que suele ser la víctima de los desaires de aquellos.

Las ramificaciones del gobierno privado indirecto penetran también en los campos de refugiados, donde igualmente se establece un sistema de pago a cambio de protección individual. Los actores de la guerra se desenvuelven con impunidad, de manera que las tropas saquean pueblos, asesinan y violan a sus gentes. Este es sólo un modo de acumular dinero, modesto en comparación con el que generan las zonas de extracción de recursos naturales, las cuales abonan en sí mismas, diríase que por generación espontánea, la pervivencia de las máquinas de guerra. Pues con el beneficio de los recursos extraídos se obtienen los medios económicos para financiar la guerra, un círculo vicioso que cuenta con exponentes como el Delta del Níger, la región de Kivu oriental, el norte de Angola, así como Uganda, Ruanda, Liberia, Eritrea y Etiopía (6). Todas estas zonas se convierten en una suerte de “principados militares o feudos económicos”, capaces de debilitar un estado ya de por sí casi fantasmal.

El menú específico de estas bandas criminales en áreas urbanas contempla redadas, incautaciones, robo en mercados, asalto de edificios de negocios, ataques a comerciantes y a todas aquellas voces discrepantes que muestran cierta renuencia a aceptar el nuevo orden. Paralelamente, “el ejército, la policía y la burocracia operan con un mecanismo de extorsión que “absorbe a los contribuyentes”, doblemente fustigados por los que suplantán la oficialidad y por los que, perteneciendo a la Administración, adoptan una conducta asimismo criminal. En otras palabras, el enriquecimiento a costa del ciudadano transita por dos cauces. Dos cauces propensos a desbordarse para anegar con su ponzoña la mayor superficie posible. Mbembe comenta el caso del mercantilismo manifiesto en países de influencia francesa, donde la corrupción salpica de pleno la esfera diplomática, descendiendo luego en cascada hasta los estratos más humildes de la sociedad. Y, al mencionar Francia, aludimos a todos esos sectores nada desdeñables para las arcas de un país (tabaco, transporte, uranio, equipamientos), donde se funden máquinas de guerra con intereses internacionales (Estados, Corporaciones).

Toda esta presión sobre la sociedad induce cambios en la territorialidad, pero no precisamente motivados por ideales secesionistas, sino por las forzadas corrientes migratorias y las fricciones que ellas despiertan. Cuando individuos que en teoría debían explotar “legítimamente” su terruño, se ven “invadidos” por otras comunidades

desplazadas hasta allí, estalla un conflicto económico bajo la piel de la xenofobia. De este modo, advierte Mbembe, “zonas enteras, ocupadas o no por bandas armadas, se ven vaciadas de toda autoridad civil. Gracias a estas dinámicas de concentración parcelaria territorial y de desmembramiento espacial, el mapa real del continente está siendo redibujado en torno a ejes regionales e internacionales de intercambio y tráfico que, en gran medida, recortan y trascienden a la vez los itinerarios y las áreas históricas de expansión del dinamismo mercantil del siglo XIX”.

Sin embargo, no todas las reconfiguraciones territoriales derivan de migraciones forzosas espoleadas por máquinas de guerra y conflictos motivados por la extracción de recursos. Mbembe baraja la hipótesis de que “se está produciendo una especie de integración regional 'desde abajo’”, que haría las veces de correctivo contra las fronteras establecidas en la Conferencia de Berlín de 1884, y ratificadas por la Organización para la Unidad Africana de 1963. Tal integración a nivel basal arrancaría de la constatación de que no siempre el comercio protagonizado por individuos pertenecientes a un Estado determinado, se realiza dentro de esas mismas fronteras, sino más bien fuera. Esto es, el mercado exigiría una topografía que se decanta por referentes ajenos a las demarcaciones oficiales. Con esto, Mbembe pretende aclarar que la teoría generada alrededor de las fronteras ha pecado de un flagrante simplismo, ya que se han priorizado elementos como los lindes entendidos con arreglo al derecho internacional, en detrimento de cómo los comprenden las personas que los rotulan a través de sus actividades y movimientos. El verdadero cogollo de la cuestión reside en saber si estas nuevas reconfiguraciones minan la precaria solidez del Estado o la refuerzan. (7). Antes que emitir un veredicto, Mbembe prefiere subrayar que “la territorialidad precolonial era una territorialidad itinerante”.

Dentro de este rediseño de las fronteras, cabe destacar el vigente proceso de autonomización que está produciéndose en lugares como Sudán, Uganda, Congo, Angola. Y junto a esta deriva, se registra una agudización de las diferencias entre autóctono y alógeno, donde conceptos como pertenencia abocan en procesos de exclusión con capacidad de elevarse a expulsiones sistemáticas y pogromos. Mientras tanto, la vacante que deja la ausencia de una maquinaria estatal administrativa trata de ser suplantada no sólo por los movimientos violentos, sino también por toda clase de movimientos religiosos y terapéuticos, que persiguen encontrar su propia institución pública. Como advirtió Mbembe (8) “La atrofia intelectual del movimiento de

democratización permitió el fortalecimiento de las ideologías 'nativistas' y de nuevas cosmologías articuladas en torno a simbologías religiosas y a la rehabilitación de las fuerzas ocultas”.

Finalmente, ¿qué está sucediendo en el resto de países africanos donde en teoría no hay espacio para la Necropolítica? Dejando de lado todos estos Estados donde la transición democrática está empantanada, resta otro conjunto de países donde la vía electoral puede ser un instrumento útil para el avance de la cosa pública: Sudáfrica, Botsuana, Isla Mauricio, Benín, Senegal y Malí, sin incluir en estos momentos los países del norte de África como Libia, Túnez y Egipto. Estas naciones ostentan libertad de prensa y expresión, multipartidismo, etc. Ello no resta, como en el caso de Senegal, que con el objeto de afianzar la democracia, sean necesarios eventuales compromisos de la oposición con el gobierno, como la opción de formar gobiernos de concentración, etc. que, entre otras prioridades, encaren estrategias eficaces para con las zonas rurales. Pero todo ello será inútil si no se cuenta con un amplio apoyo social, especialmente de las mujeres y de la juventud.

A partir de la constatación de que algunos Estados están en vías de incorporar un sistema democrático mientras que otros están colapsados, Mbembe concluye que la historia reciente de África se caracteriza por el “enmarañamiento”, un sistema complejo de trayectorias y evoluciones singulares difícilmente asimilables a un patrón común. Lo cual no significa que las trayectorias de los Estados, pertenezcan a una categoría o a otra, sean irreversibles o definitivas para bien y para mal. Aun más, los regímenes militares cosechan cada vez menos apoyo internacional (claro que cada vez más el apoyo procede de corporaciones y multinacionales), y tienden a languidecer, aunque su proceso de muerte sea lento y se cuente mejor por décadas que por años.

Notas

1 Achille Mbembe, “On the postcolony”. University of California Press, 2001. Berkeley
<http://www.lib.uci.edu/about/publications/wellek/docs/Wellek2004AchilleMbembe.pdf>

2 Mudimbe V.Y, “¿Qué es una línea? Sobre las paradojas en torno a las alegorías de identidad y alteridad”. Boletín de Antropología, año7vol 20, número 037. Medellín, Colombia

3 Jean Comaroff and John L. Comaroff, “Alien-Nation: Zombies, Immigrants, and Millennial Capitalism”. The South Atlantic Quarterly 101:4 The South Atlantic Quarterly 101.4 (2002)

4 Achille Mbembe, Africa’s frontiers in flux. Le Monde Diplomatique, 1999

5 Achille Mbembe, “La guerra, fuente de la política”. Le Monde Diplomatique, 1999

6 Achille Mbembe, *At the Edge of the World: Boundaries, Territoriality, and Sovereignty in Africa* Public Culture Winter 2000 12(1): 259-284

7 *Íbid.*

Achille Mbembe, *Necropolítica*, Melusina, 2011.

Traducción y edición a cargo de Elisabeth Falomir Archambault.

128 pags. 9,50 euros.

ISBN: 978-84-96614-19-2

***Oscar Escudero** es miembro de oozebap y forma parte del equipo de redacción de Africaneando.